



## **El tacto: cómo el niño se encuentra con el mundo**

Por HeyZeus Oak

¿Cuál es lo primero que un niño conoce del mundo? No son las palabras, ni las imágenes, ni siquiera los sonidos. Es el tacto. Antes de que el niño pueda ver con claridad o comprender lo que se dice a su alrededor, ya está encontrándose con el mundo a través del contacto. El calor de un cuerpo, la presión de ser sostenido, el suave movimiento de ser levantado y vuelto a colocar, la sensación del aire rozando la piel—estas son las primeras impresiones que comienzan a dar forma a su experiencia de la vida. A través del tacto, el niño aún no piensa el mundo; lo recibe. Y en ese recibir, algo esencial comienza a formarse.

El tacto suele entenderse como un sentido físico simple, pero para el niño pequeño es mucho más que eso. Es la base a partir de la cual comienza a experimentarse como un ser dentro del mundo. Cada momento de contacto contribuye a un despertar gradual de la conciencia. Poco a poco, el niño comienza a percibir los límites de su propio ser. Al principio, estos límites no están claramente definidos. El bebé se mueve como si aún formara parte de un todo más amplio. Sus extremidades están activas, pero no dirigidas; sus gestos son fluidos y aún no tienen forma. Todavía no ha tomado plenamente el cuerpo como algo distinto del mundo que lo rodea.

A través del tacto, esto comienza a cambiar. Cuando el niño es sostenido con firmeza y suavidad, cuando su cuerpo es recibido con constancia y cuidado, empieza a surgir una orientación tranquila. El mundo no se siente abrumador ni brusco; se siente contenido y confiable. El niño comienza a experimentar el mundo como algo en lo que puede entrar, en lugar de algo que lo invade. De esta manera, el tacto se convierte en la base de la confianza. Esta confianza no se construye con explicaciones ni instrucciones. Surge de la repetición. Una y otra vez, el niño se encuentra con el mundo a través de la superficie de su cuerpo, y una y otra vez el mundo responde de una manera que puede recibir.

Porque el tacto nunca es solo físico; siempre lleva una cualidad. Un toque apresurado se siente distinto a uno sereno. Una mano distraída se siente distinta a una plenamente presente. Un movimiento brusco se siente distinto a uno anticipado. El niño no analiza estas diferencias, pero vive dentro de ellas. A través de ellas, comienza a formarse una comprensión silenciosa de cómo el mundo lo encuentra. El mundo no se revela a través de explicaciones, sino a través de la manera en que es experimentado.

Por esta razón, el papel de los padres no es simplemente cuidar, sino dar forma a la primera experiencia que el niño tiene del mundo. Cada gesto de contacto se vuelve parte del ambiente en el que el niño vive. La manera en que se le levanta al despertar, la forma en que se toma su mano al cruzar un umbral, la manera en que se le envuelve, se le guía o se le sostiene a lo largo del día; estos momentos suelen pasar desapercibidos, pero son los lugares donde algo duradero se forma. Con el tiempo, estas pequeñas experiencias se asientan en el cuerpo como una forma de saber. El niño comienza a sentir si el mundo es un lugar en el que puede confiar, no como una idea, sino como una realidad vivida.

A partir de esta base, algo más comienza a desplegarse. Un niño que se siente seguro dentro de su propio cuerpo puede empezar a volverse hacia afuera. El mismo sentido que antes le ayudaba a sentirse protegido, poco a poco sostiene su capacidad de encontrarse con lo que está fuera de él. El límite que se formó a través del tacto se convierte en el suelo desde el cual surge la exploración. Podemos verlo en la forma en que se mueve un niño pequeño. Un niño que se siente seguro suele extenderse hacia el mundo con una confianza tranquila. Se acerca a los objetos, a las personas, a lo desconocido, con la sensación de que el mundo lo recibirá. Sus gestos llevan una apertura natural. Otro niño, cuya experiencia ha sido menos constante, puede dudar. El mismo mundo está presente, pero no se siente igual de accesible. El cuerpo aún no confía plenamente en el espacio que habita. La diferencia no siempre es evidente, pero es real. Ha sido formada a través de innumerables pequeños encuentros con el mundo. Lo que comienza como tacto, poco a poco se convierte en algo más.

Con el tiempo, este primer sentido de límite y confianza sostiene la capacidad del niño para relacionarse. El niño que se siente seguro en su propio ser puede comenzar a reconocer a otra persona como alguien distinto de sí mismo. Puede empezar a escuchar, a responder y a

encontrarse con la presencia de otro ser humano sin perderse en ese encuentro. Las primeras experiencias de tacto influyen silenciosamente en que esto sea posible. Cuando el niño ha sido recibido con constancia y cuidado, le resulta más fácil encontrarse con los demás con apertura. No necesita defenderse del mundo, porque el mundo no ha sido vivido como algo invasivo o abrumador. En cambio, puede participar en la relación con una sensación de naturalidad.

Podemos comenzar a percibir lo profundo que esto es. La manera en que un niño es tocado en los primeros años de vida se convierte en la base de cómo un día se encontrará con el mundo: no solo físicamente, sino también en lo social, lo emocional e incluso lo moral. La capacidad de escuchar, de comprender y de reconocer a otra persona como un ser individual tiene sus raíces en estas experiencias tempranas. Lo que comienza como contacto se convierte en conexión. Y, sin embargo, no se necesita nada extraordinario para apoyar este desarrollo. No se construye a través de técnicas especiales ni prácticas elaboradas. Se forma a través de los gestos más simples de la vida cotidiana. La manera en que un padre o madre se agacha para encontrarse con el niño a la altura de sus ojos. La forma en que una mano descansa suavemente sobre un hombro. La manera en que un niño es guiado a través de una puerta o recogido en un abrazo al final del día. Estos momentos no llaman la atención. Pasan en silencio, casi sin ser notados. Y sin embargo, son los hilos con los que se teje la experiencia del mundo del niño.

En un hogar donde el tacto está presente, es constante y atento, la atmósfera misma comienza a transformarse. El niño se siente sostenido no solo por las personas que lo rodean, sino también por el espacio que habita. El mundo no se percibe fragmentado ni brusco; se siente continuo y entero. Surge una sensación tranquila de que el mundo es un lugar en el que puede entrar y participar. Y dentro de ese sentido de pertenencia, el niño comienza a crecer. El tacto, entonces, no es solo el primero de los sentidos. Es aquel del que todos los demás dependen silenciosamente. Cuando el niño se siente seguro dentro de sus propios límites, puede comenzar a escuchar más profundamente, a percibir con mayor claridad y a entrar en relación con mayor facilidad. La vida de los sentidos se despliega desde esta base. Mucho antes de que un niño comprenda el mundo, ya ha sentido cómo el mundo lo recibe. Y a partir de ese sentir, todo lo demás comienza a crecer.

## Biografía del autor

HeyZeus Oak es el fundador de Heart in Hand Preschool en Portland, Oregón, un programa de educación inicial Waldorf completamente certificado y miembro de WECAN. Es mentor formado a través del Center for Anthroposophy y está comprometido con cultivar la reverencia, el ritmo y la belleza en la vida de los niños pequeños.